



Colorado y colorín

8 cuentos para niñas y niños
que cuidan del planeta, de ti y de mí

Con la financiación de:



InteRed
por una educación transformadora

Edita: **InteRed** 

En el marco de:  **MOVIMIENTO POR LA
EDUCACIÓN TRANSFORMADORA
Y LA CIUDADANÍA GLOBAL**

Coordinación: Área de Programas de InteRed

Autoría: Pandora Mirabilia
(Violeta Buckley, Irene García y Marta Monasterio)

Ilustraciones: Joly Navarro.

Diseño y maquetación: Rosy Botero

Fecha: diciembre 2022.

ISBN: 978-84-121198-9-3

Se permite libremente copiar, distribuir y comunicar públicamente esta obra siempre y cuando se informe previamente a InteRed, se reconozca la autoría y no se use para fines comerciales. No se puede alterar, transformar o generar una obra derivada a partir de esta obra. Esta publicación ha sido realizada con el apoyo financiero de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), con cargo al convenio «Por una educación transformadora y para la ciudadanía global comprometida con el cumplimiento de los ODS» (18-CO1-001208). El contenido de dicha publicación es responsabilidad exclusiva de InteRed y no refleja necesariamente la opinión de la AECID.

Índice

Presentación	4
Doña Jesusa y don Rigodón	5
Una lluvia inesperada	11
Bellotas y nueces	15
Gusaposa	19
Omaima y las dinosaurias	25

Presentación

El título de esta colección de cinco cuentos nos evoca al final clásico de los cuentos con un “colorín colorado”, sin embargo, lo hemos querido poner al inicio y en orden inverso “colorado, colorín” porque queremos que esta propuesta sea el inicio de un proceso en el que acompañar a niñas y niños en su compromiso con el cuidado de las personas y del planeta.

Cada cuento se relaciona con un Objetivo de Desarrollo Sostenible (ODS), cuyo símbolo está al lado del título del cuento. Recordamos que los ODS forman parte de la Agenda 2030 de Desarrollo Sostenible, un plan de acción a favor de las personas, el planeta y la prosperidad, que también tiene la intención de fortalecer la paz universal y el acceso a la justicia. Con el cuento “Gusaposa”, las niñas y los niños aprenderán sobre el impacto de las acciones humanas en los ecosistemas y la importancia de cuidar la naturaleza, los cuentos “Doña Jesusa y don Rigodón” y “Omaima y las dinosaurias” nos mostrarán la igualdad de género y la importancia de las relaciones de buen trato. El cuento “Una lluvia inesperada” nos permitirá abordar la convivencia pacífica y nos llevará a cuestionarnos sobre la acogida en nuestras sociedades y, por último, el cuento “Bellotas y nueces” nos ayudará a reconocer la injusticia por la concentración de la riqueza y recursos en pocas manos y nos invitará a construir sociedades más justas e igualitarias.

Estos cuentos se complementan con una propuesta didáctica que se puede encontrar aquí, susceptible de ser adaptada a otros cursos y de ser utilizada también en familia para dialogar y jugar tras la lectura de los cuentos.

Con esta publicación, desde InteRed queremos contribuir, a través de procesos educativos, al cambio personal y colectivo a favor de la justicia social, la equidad y el cuidado de las personas y la naturaleza.





148[♂]
♀



Doña Jesusa y don Rigodón



Don Rigodón era el autobús más molón. Al menos, eso es lo que pensaban Victoria y Asier, protagonistas de este cuento.

¿Alguna vez te ha pasado que no te apetece levantarte por la mañana? ¿Ir al colegio te da una pereza HORRIBLE? ¿Te gustaría quedarte en la cama y no tener que salir a la calle? Piénsalo bien. Seguro que sabes de lo que hablo.

A Victoria y a Asier eso nunca, nunca, NUNCA les había pasado. Victoria era la melliza de Asier y Asier el mellizo de Victoria, dos personillas casi iguales, de pelo naranja como las zanahorias, que nunca les importaba madrugar. Y no porque Victoria y Asier fueran personas tranquilas precisamente, eran la reina y el rey de las rabietas, se llevaban el premio al campeonato mundial en protestar, gritar y patalear.

[Aquí la narración puede enfatizar la parte de las rabietas, las palabras protestar, gritar y patalear. También puede preguntar: ¿a vosotras/os os pasa? ¿También tenéis rabietas?]

Pero resulta que ir al colegio les encantaba, sobre todo el camino hasta llegar ahí.

— Don Rigodón, ¡el autobús más molón! — decían cada mañana al despertarse.

Y corre que te corre, salían como una bala a la parada del autobús 148. Ahí se plantaban hermana y hermano, siempre a tiempo, a las 8:23 de la mañana para esperar a don Rigodón, el autobús más molón.

— Mira, Victoria, ahí llega.

— ¡Vamooooooooos, Asier!

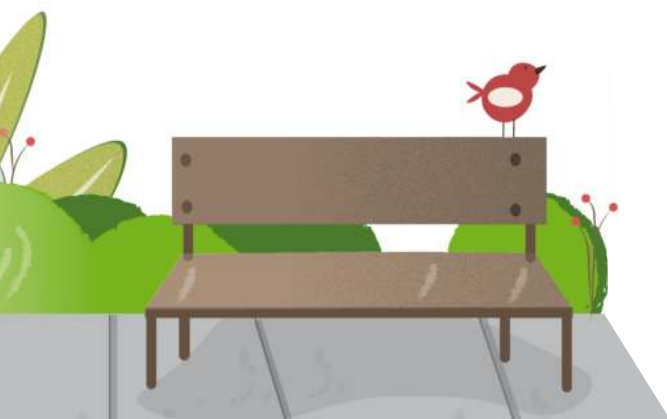
Don Rigodón era un autobús bastante grande y regordete, que avanzaba por la carretera como si estuviera bailando. Llevaba un sombrero de copa negro y pajarita, tenía buenos modales y gran sentido del humor. Al ver a Victoria y Asier, el autobús les saludaba con su boca gigante:

—Buenos días, señora y caballero. ¿Todo listo para el viaje?

[Aquí la narración interpreta la voz de don Rigodón como si fuera un señor muy elegante, casi caricaturizado]

— ¡Listo!, respondía la curiosa pareja.

Don Rigodón abría su puerta y se desplegaban unas escaleras doradas. Unas escaleras que se movían solas y tenían pelos. Eran como brazos de peluche gigantes



que abrazaban a nuestros protagonistas y les metían en el autobús. El pasillo era dorado, peludo y blandito. De sus paredes salían tentáculos que daban masajes a quien quisiese.



El autobús estaba dividido en zonas, donde cada cual se situaba según el día. Estaba la zona de las hamacas, para tumbarse y disfrutar del trayecto. La zona de los cuentos, donde se contaban historias. O la zona de los pasteles, la favorita de Asier y Victoria, donde tomaban té y pastas como las que hacía su vecina Rosa. Y también había una zona de juegos y otra de canciones.

[Aquí la narración se deleita en la descripción del autobús, puede interpretar los brazos gigantes, recrear las escenas que se hacen en el autobús]

¿Ahora entiendes por qué don Rigodón era el autobús más molón? Además, Rigodón siempre les contaba alguna anécdota de su familia, que hacía reír a carcajadas a Victoria y Asier.

Pero ese día la anécdota de don Rigodón no les hizo reír.

— Compis— dijo Rigodón — ¿sabéis que tengo un hijo?

— ¡Un autobusito, qué mono! — exclamó Asier.

— Me encantaría conocerlo — añadió Victoria.

— Os lo puedo presentar un día. Pero todavía no, está enfermo, no es nada grave, no tenéis que preocuparos, pero ahora lo tengo que cuidar. Así que voy a estar unos días sin venir. En mi lugar, vendrá la autobusa doña Jesusa.

— ¿Cómo? — balbuceó Victoria incrédula.

— ¿Cuánto tiempo? — increpó Asier.

— Unos tres meses— respondió don Rigodón.

— Bueno, igual no está tan mal, — añadió Victoria — doña Jesusa puede ser divertida. Pero a Asier no le hizo ninguna gracia. Frunció el ceño, miró a su hermana con recelo mientras tres lagrimones recorrían su cara.

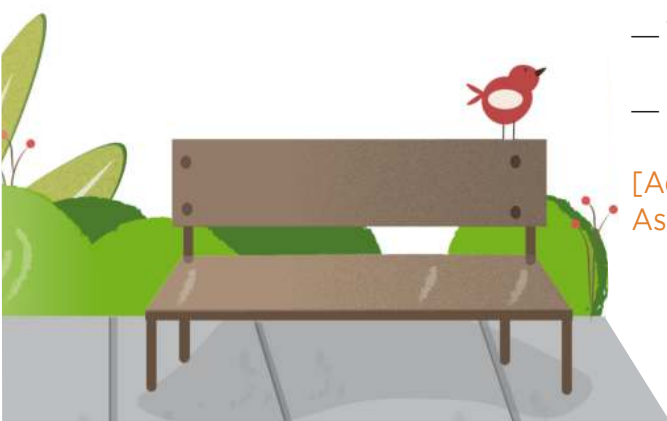
[Aquí la narración puede parar y preguntar al alumnado cómo creen que se sentían Victoria y Asier, y por qué]

Al día siguiente, en casa, su mamá los despertó:

— Venga, pareja, vamos al cole.

— Ni cole ni cola. Yo no voy — dijo Asier gritando.

[Aquí la narración puede continuar simulando la voz de Asier gritando]





Y al siguiente.

[Aquí se puede invitar a niñas y niños a gritar, diciendo: “ayudadme, ¿cómo gritaba Asier? ¿Cómo gritaba Victoria?”]

—iiiUaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!!!

—iiiAaaaahhhhhhhhhhhhhhhhhrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr!!!

—iiiGgrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrraaaaaaaaaaaaaaaauuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuuu!!!

[illegible]

¡Y al siguiente!

[Igual que antes, se puede invitar a niñas y niños a gritar, insistiendo: “hacedlo conmigo: ¿cómo gritaba Asier? ¿Cómo gritaba Victoria?”]

—iiiUaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaa!!!

—iiiAaaaahhhhhhhhhhhhhhhhrrrrrrrrrrrrrrrrrr!!! —iiiGggrrrrrrrrrrrrrrrrrrraaaaaaa
aaaaaaaaayyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyyuuuuuuuuuuuuuuuu!!!

—iiiNooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooooo!!!
Al quinto día, la madre despertó a esta pareja a la hora habitual.

—Hoy no tengo tiempo para acompañaros andando al colegio. Ahí tenéis todo listo. Yo salgo de casa a las 8:15 y tendremos que salir a esa hora ya que doña Jesusa pasa exactamente a las 8:23.

Victoria y Asier refunfuñaron un poco (grrrrrrrrrrrr). La verdad es que tenían las piernas muuuuuuuu cansadas tras llevar toda la semana caminando hasta el colegio. Empezaron a vestirse con desgana, desayunaron y hasta se lavaron los dientes sin rechistar.

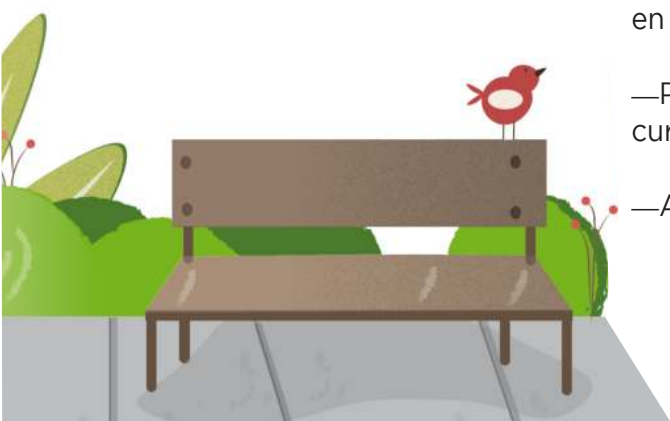
Su mamá salió de casa puntualmente a las 8:15 y esta curiosa pareja de pelo naranja fue detrás. Siguieron todo el camino arrastrando los pies, con la cabeza gacha y con mirada de pocos amigos. Pero llegaron a la parada a tiempo y sin problemas.

—¡Las 8:22! Perfecto, dentro de un minuto viene la autobusa doña Jesusa, dijo su mamá.

A lo lejos, vieron un puntito que poco a poco se fue haciendo más grande. Era doña Jesusa. Se acercaba dando saltitos, como si fuera un caballito de mar nadando en el agua.

—Pffff, ¿has visto eso, Victoria? Dando saltitos, qué cursilada—

—A mí me gusta —dijo ella.



—Lo que faltaba, ¡vaya rollo! —añadió el hermano.

Sin embargo, a medida que la autobusa se fue acercando, Asier dejó de refunfuñar. Y empezó, junto a su hermana, a alucinar. Poco a poco, se dieron cuenta de que ¡no tenía ruedas! Parecía que flotaba sobre la carretera. Victoria miró a Asier y abrió los ojos tanto que parecía que se le iban a salir de las cuencas.



La autobusa doña Jesusa llevaba una pámela azul turquesa y unas enormes gafas de sol. Era gordota y de color arcoíris, llevaba pajarita, y tenía pinta de seria y divertida a la vez.

—Uauuuu, qué chulada! —dijo Victoria.

—Bueno, espera, seguro que por dentro es un rollo y no sabe hacer nada.

Justo cuando iban a seguir refunfuñando, la autobusa abrió su bocota y, con una voz alegre, dijo:

—Así que aquí estáis, por fin, Victoria y Asier. ¿Ya os habéis cansado de caminar? Anda, ¡venid para dentro!

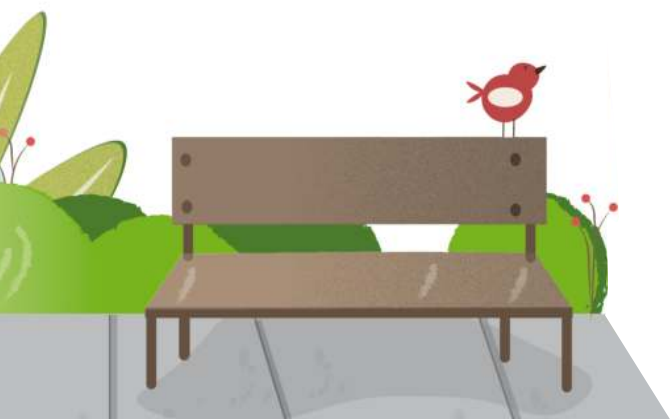
Y sin decir más, abrió su puerta. Una escalera en forma de ola de mar les agarró por la cintura y les subió dentro del autobús. Victoria y Asier se quedaron con la boca más abierta todavía. El autobús era como un océano de mil colores y seres alucinantes flotando por el aire. En las paredes también se daban masajes, pero esta vez eran tentáculos de pulpo los que masajeaban cabezas, espaldas y hasta los pies. Había mecedoras con forma de concha gigante y columpios de algas y piedras marinas. En el centro de la autobusa había un concierto y la gente tocaba instrumentos, cantaba y bailaba. Pero el lugar que desde el primer momento se convirtió en el favorito de Víctor y Asier, fue el Rincón de no Hacer Nada. Había pufs en forma de corales donde sentarse y simplemente, disfrutar.

Impresionante, ¿verdad? Con la autobusa doña Jesusa el camino al cole volvió a ser el momento preferido de Victoria y Asier. Así pasaron los días, las semanas y los meses, hasta que por fin volvió don Rigodón.

—¿Te vas? —dijeron la niña y el niño a doña Jesusa, soltando una lagrimilla.

—Me voy, pero aquí al lado. Dejo la línea 148 pero, si algún día vais al sur de la ciudad y cogéis la línea 23, nos volveremos a encontrar.

Desde entonces, Victoria y Asier disfrutaban cada día de don Rigodón, el autobús más molón y, una vez al mes, se dan una vuelta por la ruta 23 para viajar en el mar de sensaciones de la autobusa doña Jesusa.





10

8

12

WELCOME

Una lluvia inesperada



Era un día cualquiera en el pueblo de Villatopos.

Los pájaros piaban, las niñas y los niños jugaban y las vacas pastaban.

Todos eran felices y comían altramuces, hasta que ocurrió algo raro, raro, raro.

De pronto, un huevo colosal cayó del cielo y aterrizó en la plaza del Ayuntamiento.

“¡Terror! ¡Horror! ¿Qué es eso? ¿Extraterrestres? ¿Criaturas del más allá? ¡AUXILIO!”, clamaban la mayoría de habitantes de Villatopos.

El huevo se agrietó con la caída.

Del huevo salió una criatura.

Villatopianas y villatopianos observaban con una mezcla de temor y curiosidad desde las ventanas de sus casas, aunque algunos también se escondían bajo las sábanas.

La alcaldesa del pueblo, doña Mucha Importancia, se dirigió inquieta hacia el huevo para hablar con la criatura.

[Aquí se sugiere que la narración se haga poniendo voces diferentes a cada personaje]

La criatura se adelantó y preguntó:

—¿Quién soy?

—¿Cómo que quién eres? —respondió la alcaldesa Mucha Importancia un tanto desconcertada.

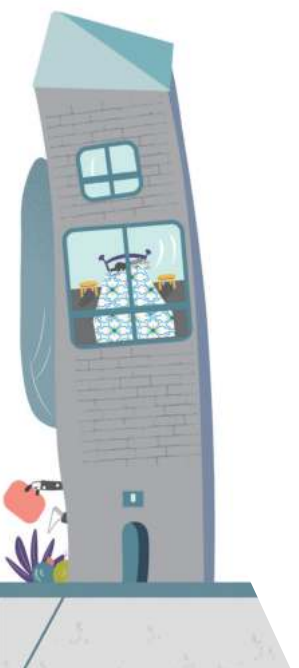
—¿Puede decirme qué hago aquí? —prosiguió la criatura.

— ¡Será posible! ¡YO SOY QUIEN HACE AQUÍ LAS PREGUNTAS! —gritó la alcaldesa que cada vez estaba más enfadada por la falta de respuestas de la criatura.

— Vaaaaaaale- dijo la criatura sin prestar atención al mal humor de Doña Mucha Importancia.

— ¿Quién es usted y qué hace aquí? - volvió a empezar la alcaldesa tratando de mantener la compostura.

— Me encantaría saberlo... —añadió la criatura con tono de preocupación.



La alcaldesa empezaba a desquiciarse con este absurdo diálogo, pero volvió a preguntar:

— ¿Eres un monstruo? ¿Eres un hada? ¿Eres un pájaro? ¿Eres un extraterrestre?, ¿Quién eres y de dónde vienes?

La criatura no contestó.

La alcaldesa de Villatopos, ante la falta de respuesta, consideró que lo más prudente era que la criatura permaneciese en una caseta del patio del colegio, ya que esos días no había clase, mientras decidían qué hacer con ella.

Cuando conducían a aquel ser extraño al colegio, algunas personas se mostraban muy serias y con cara de pocos amigos, porque tenían miedo y no querían que la criatura se les acercara ni un poquito. Otras, en cambio, la miraban con curiosidad y se aproximaban a ella, ¡querían saberlo todo sobre ese ser! También había unas pocas personas que sentían pena por una criatura que parecía estar perdida y desorientada. “Seguro que tiene familia”, decía la abuelita doña Esperanza, “la estarán buscando, ideben tener una gran preocupación por encontrarla!”.

Más tarde, el pueblo se reunió en asamblea para decidir qué hacer con la criatura.

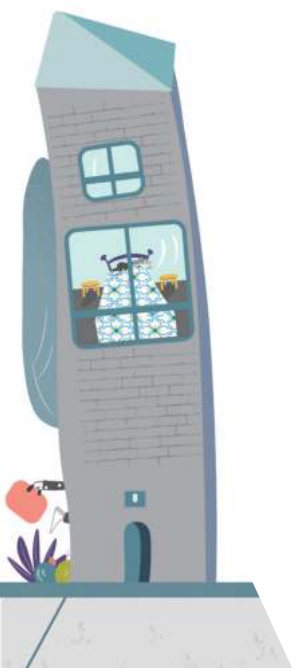
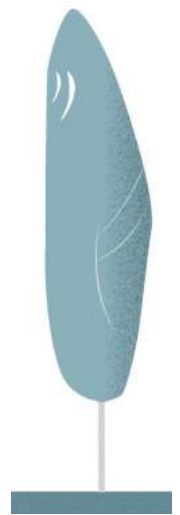
Las personas adultas del pueblo estaban divididas.

Quienes tenían miedo argumentaban. “No sabemos nada de la criatura, ¡podría ser peligrosa! Es diferente a nosotras. Está claro lo que hay que hacer: ¡Tiene que irse fuera de aquí!”. Quienes tenían curiosidad proponían: “¿Y si la metemos en un laboratorio para investigar?”. Sin embargo, también había quienes, como la abuelita doña Esperanza, se oponían a esas ideas: “Noooo, ¡pobre criatura! Tenemos que acogerla. Tenemos que ayudarla a encontrar a su familia”.

Los mayores, además, no quería escuchar a los niños y a las niñas, que decían: “No podemos echar a la criatura de aquí, no ha hecho nada malo. Parece simpática. Queremos jugar con ella — ¡Vamos a conocerla!”.

[Aquí la narración puede parar, para hacer unas preguntas: ¿quién os parece que tiene razón? ¿Por qué pensáis que la mayoría de las personas adultas no quieren a la criatura en Villatopos? Y la propuesta de los niños y niñas ¿qué os parece?]

Al final, se impuso la voz de la mayoría de habitantes adultos de Villatopos. La asamblea tomó la decisión: había que echar a la criatura como fuera, aunque todavía no sabían ni cómo ni a dónde. Unos querían llevar a la criatura a la capital, otras querían mandarla de nuevo al espacio, otras preferían ponerla en un barco hasta la mitad del océano. La abuelita doña Esperanza y algunas otras personas mayores seguían intentando convencer a sus vecinas de que esa no era la forma de tratar a alguien que venía de fuera y que, seguramente, necesitaba su ayuda.



Mientras los mayores discutían y discutían, se peleaban y hasta se insultaban porque no conseguían ponerse de acuerdo, los niños y las niñas hicieron un gran descubrimiento. ¡La criatura era mágica y podía convertirse en cualquier cosa! La criatura se convertía en hormiguita y salía tranquilamente por debajo de la puerta de la caseta. A veces se convertía en águila y daba paseos por el cielo. ¡Era muy divertido! Niñas y niños se lo pasaban en grande con ella. Además, también descubrieron cómo se llamaba: Ralph.

[Aquí también se puede parar la narración e imaginar qué cosas haría el alumnado con la criatura mágica]

Pero un día, niñas y niños estaban tan entretenidos con Ralph, que se había convertido en elefante, que no se dieron cuenta que el conserje, el señor Muermo, los estaba mirando con ojos como platos. ¡Escándalo! ¡Horror! Las personas mayores estaban muy enfadadas: se sentían engañadas y traicionadas, ¿cómo era posible? Mandaron de nuevo a la criatura a la caseta del colegio y la alcaldesa, roja de furia, se arremangó la camisa, dispuesta a echar una bronca monumental a las niñas y niños. Sin embargo, no llegó a hacerlo, de repente, se abrieron los cielos y empezaron a caer decenas de huevos sobre Villatopos.

Os podéis imaginar lo que pasó a continuación. Se armó un tremendo alboroto. Algunos mayores gritaban con espanto: “¡iSocorrooooo, socorrooooo!” y salían huyendo. A la vez, niñas y niños exclamaban llenos de alegría: “¡iViva, viva, más huevos, más criaturas divertidas!”

Los huevos, como la vez anterior, aterrizaron en la plaza del Ayuntamiento y empezaron a abrirse, de ellos surgían criaturas parecidas a Ralph, pero de diferentes colores y de mayor tamaño. Esta vez la alcaldesa, doña Mucha Importancia, no estaba en condiciones de acercarse a preguntar a las criaturas quiénes eran, del susto que tenía, su tripa había empezado a hacer glu, glu y había tenido que ir con urgencia al baño.

[Aquí también se puede parar la narración y preguntar al alumnado que creen que le pasaba a la alcaldesa]

Fue la abuelita doña Esperanza quien salió de su casa con una gran bandeja de pasteles y se dirigió a las criaturas. La conversación duró apenas unos minutos y la abuelita regresó con la bandeja vacía y una gran sonrisa. Atravesó la plaza y fue directa a la caseta del colegio, la abrió y despertó a la pequeña criatura que dormía una siesta, la tomó de la mano y la condujo hacia las criaturas recién llegadas. ¡Qué fiesta hicieron al ver a Ralph y cuántos abrazos! Poco después cada criatura volvió a cerrar el caparazón de su huevo y salieron propulsadas nuevamente al espacio. La abuelita doña Esperanza y todas las niñas y niños y algunos adultos mayores las despedían moviendo los brazos y lanzando besos.

La alcaldesa, doña Mucha Importancia, con la cara todavía algo descompuesta, pidió explicaciones a la abuelita doña Esperanza respecto a la conversación mantenida con las criaturas. Sin embargo, la abuelita solo dijo tres palabras: “yo tenía razón”.

[Aquí se acaba el cuento, pudiendo preguntarse al alumnado a qué creen que se refería la abuelita con esas palabras, ¿qué ven de diferente en la forma de relacionarse con las criaturas de la abuelita y de la alcaldesa?]





Bellotas y nueces

El señor Conejo vivía en una cabaña en el bosque y tenía un jardín del que estaba muy orgulloso. Tenía unos parterres con margaritas, hierbas aromáticas y un cuidado césped que el señor Conejo cortaba todos los domingos. Pero la estrella del jardín era una hermosa encina que, cada otoño, se llenaba de bellotas. Al señor Conejo le encantaban las bellotas, su olor, su sabor, pero sobre todo le gustaba contemplarlas. Cada mañana, el señor Conejo contaba las bellotas de su árbol: una, dos, tres, cuatro... 88, 99 y 100. ¡100 bellotas como 100 soles!

Para el señor Conejo su jardín solo tenía una pequeña pega. Al otro lado de la valla, en un viejo nogal, vivían las Ardílez, una familia de ardillas ruidosas y desordenadas. Al señor Conejo le ponía muy nervioso escuchar la cháchara de las ardillas cuando roían nueces, mientras trataba de concentrarse en la lectura del periódico. ¡Qué fastidio! Únicamente había tranquilidad cuando estaban concentradas en las tareas del cuidado de su nogal, el resto del tiempo todo era juego, carreras, gritos y risas.

Así iban transcurriendo los días y a medida que se acercaba el invierno, los animales del bosque se dedicaban a recoger frutos y bayas para pasar los meses de frío en sus madrigueras.

[Aquí la narración puede parar para preguntar al alumnado: ¿qué animalitos viven en el bosque? ¿y sabéis qué comen?]

Sin embargo, ese otoño vino tan frío que la nieve y las heladas no dejaron alimentos que recoger. Por el frío se arruinaron las nueces del árbol de las Ardílez, con lo que la familia de ardillas no tenía nada que comer. Solo la encina del señor Conejo, con sus 100 bellotas, había resistido.

Una noche, alguien llamó a la puerta de la cabaña del señor Conejo.

—¿Quién será a estas horas? —refunfuñó el señor Conejo.

Abrió la puerta y vio a la señora Ardílez.

—Hola, señor Conejo, ¡encantada de saludarlo!

—Sí, eh, hola. bueno, ¿qué quieres? —replicó el conejo nervioso ya que no estaba acostumbrado a las visitas.


—Nos preguntamos si sería usted tan amable de darnos unas bellotas, ya que la helada ha dejado a nuestro nogal sin ni una sola nuez y no tenemos qué comer.

El señor Conejo miró a la señora Ardílez con cara de asombro, se echó a reír y dijo:

—¿Qué te dé una bellota? ¡Debes estar de broma! ¡Estas bellotas son solo para mí!

Dicho lo cual, el señor Conejo cerró la puerta en las narices de la ardilla.

Al día siguiente, por la mañana, fue corriendo a ver su encina y contó las bellotas, para asegurarse de que no faltaba ninguna. Una, dos, tres, cuatro... 88, 99 y ¡100 bellotas! El señor Conejo respiró aliviado.



Pero las ardillas no estaban dispuestas a aceptar un no por respuesta. La tarde siguiente, mientras el señor Conejo estaba fumando su pipa— ¡POM, POM, POM!

El señor Conejo fue malhumorado para ver quién era.

[La narración puede parar para preguntar al alumnado: ¿quién creéis que puede llamar a la puerta del señor Conejo?]

—¡Buenas tardes, señor Conejo! —le dijeron dos de los pequeños Ardílez.

—¿Qué queréis?

—Queremos hacerle una propuesta, ¿le gusta la música?, ¿qué le parece darnos una bolsa llena de bellotas y, a cambio, vendremos todas las tardes a cantarle una canción?

—¿Que qué me parece? ¡Una soberana tontería! —Y cerró de un portazo.

A la mañana siguiente, el señor Conejo volvió a contar las bellotas. Una, dos, tres, cuatro... 88, 99 y ¡100 bellotas! Pero por la tarde, mientras se hacía un té— de pronto—. ¡POM, POM, POM!

[Para incluir al alumnado a la narración, cuando se interpreta “pom, pom, pom”, se puede invitar a niñas y niños a hacerlo con el profesorado, tanto en esta escena como en las siguientes en las que se repite la secuencia]

—¡Buenas tardes, señor Conejo! —saludaron dos de las Ardílez medianas.

—¿Qué pasa ahora?

—Se nos ha ocurrido algo que le puede interesar. ¿Qué le parece si nos regala una bolsa llena de bellotas y, a cambio, le rascamos las orejitas todos los domingos por la tarde?

—¡Fuera de aquí! —gritó el señor Conejo.

A la mañana siguiente, el señor Conejo volvió a contar las bellotas. Una, dos, tres, cuatro... 88, 99 y ¡100 bellotas!, ¡menos mal! Pero por la tarde, mientras se disponía a echarse la siesta— ¡POM, POM, POM!

—¡Buenas tardes, señor Conejo! —le saludaron otros dos pequeños Ardílez.

Pero, ¿cuántas ardillas viven en esa familia, será posible?, se preguntó el señor Conejo. Y dijo:


—¿¿QUÉEEEEEE??


—Si nos regala un puñado de bellotas, ¡le enseñaremos a hacer el pino y a dar volteretas! ¿Qué le parece?

¡¡PAM!! El señor Conejo cerró dando un portazo monumental.

A la mañana siguiente, el señor Conejo fue a contar las bellotas: Uno, dos, cuatro, seis— digo— uno, tres, ocho—

Había dormido fatal pensando en tener que compartir sus preciadas bellotas y no daba pie con bola. Además, se dio cuenta de que pronto las bellotas se iban a poner malas así que, al grito de “¡se acabó!”, decidió coger todas las bellotas que pudo del árbol y comérselas de golpe. “¡Son más! ¡Sólo más!”, repetía enloquecido mientras comía las bellotas de una en una.





Esa tarde ya no llamó nadie a su puerta. Sin embargo, cuando Mimí Ardílez, la benjamina de la familia, volvía a casa, oyó unos gritos que salían de la casa del señor Conejo.

—¡Ayyy, ayyyyy! ¡AYAYAYAY!

Al señor Conejo le dolía la tripa. Tenía una indigestión. Se había comido muchísimas bellotas seguidas.

—¡Ay, qué dolor! —sollozaba el conejo.

Mimí corrió a avisar a su familia.

[La narración puede hacer un alto para preguntar al alumnado: “¿qué creéis que pueden hacer las ardillas ahora que el señor Conejo se encuentra muy mal?”. Y más adelante, en función de la conversación con el alumnado, se puede añadir: “¿Cómo creéis que pueden ayudar al señor Conejo?”]

Las ardillas no lo pensaron dos veces y fueron rápidamente a socorrer a su vecino. El señor Ardílez preparó un brebaje de jengibre, menta y bicarbonato.

—¡Bébase esto enseguida, señor Conejo! —ordenó la señora Ardílez.

El señor Conejo se bebió el brebaje y se metió en la cama. Los pequeños Ardílez le cantaron una nana y le rascaron las orejitas. 83 horas después, el señor Conejo despertó. Se encontraba mucho mejor. La ardillita Mimí estaba junto a su cama cogiendo su patita.

—Gracias, ardillitas, todo el tiempo me cuidasteis con vuestras medicinas, vuestra compañía y vuestras muestras de afecto. Desde ahora, iyo también os cuidaré! —dijo el señor Conejo mientras le saltaban las lágrimas de emoción. Acto seguido invitó a la familia de ardillas a recolectar las bellotas que quedaban en el árbol y repartirlas.

Fue un invierno largo, pero tanto el Señor Conejo como la familia Ardillez mantuvieron calentito el corazón, entre visita y visita, y la pancita, entre bellota y bellota.

[Aquí se puede abrir una conversación con el alumnado para preguntar cómo creen que se siente el señor Conejo ahora y qué opinión tendría ahora de las ardillas. También se puede preguntar qué creen que va pasar a partir de ahora]

Si alguna vez pasáis por su bosque, veréis que ya no existe la valla que separaba el jardín del Señor Conejo del árbol donde vive la familia Ardílez. Incluso, si miráis con atención, veréis al Señor Conejo haciendo el pino y volteretas con los pequeños Ardílez mientras cuidan la encina y el nogal.



Gusaposa

Mariana era una niña que vivía en una pequeña casita al lado del bosque. Aunque la casa de Mariana era muy bonita, ella prefería estar fuera, entre árboles, arbustos, bichos y animalillos. Lo que más le gustaba de todo, de todo, de TODO, era tumbarse en la hierba y mirar fijamente los árboles. Se imaginaba que eran señoras gigantes que le hablaban. Esas señoras tenían el pelo verde, muy alborotado. En otoño, su pelo se convertía en marrón y un poco gris (como el pelo de su mamá) y, en invierno, se quedaban calvas (como su abuelita). Luego llegaba el verano y, de nuevo, el pelo les volvía a crecer.

[Aquí se puede gesticular con el pelo y el cuerpo como si fuera una señora árbol]

Una tarde de otoño, Mariana estaba tumbada en la hierba mirando cómo las primeras hojas de las señoras gigantes empezaban a caer. Estaba tan a gustito que se quedó dormida, incluso se puso a roncar.

[Imitar un ronquido]

De pronto, notó unas cosquillas en la mano. Abrió un ojo y vio a un pequeño gusano que paseaba tan ricamente por sus dedos. Mariana no dijo nada y se quedó mirando con disimulo. El gusano subió de la mano al brazo, del brazo al hombro, del hombro al cuello y del cuello a la cara.

[Aquí la narración se deleita recorriendo con los dedos de una mano las partes del cuerpo que se van nombrando, para imaginar al gusanito escalar por el cuerpo de Mariana]

Cuando el gusano estaba en su moflete derecho, Mariana preguntó:

—Oye, gusanito, ¿qué haces aquí?

—Estaba buscando un lugar para descansar y parecías muy suave y blandita.

—Pues es que yo ya he dormido. ¿No prefieres jugar a algo?

Así, Mariana y el gusanito empezaron a conversar y a jugar. El gusanito hacía muchas cosquillas a Mariana y ella se reía a carcajadas. De pronto, el viento empezó a soplar con más fuerza y Mariana miró hacia arriba. Vio cómo las señoras árboles se movían con el viento, de un lado a otro. Uno de los árboles más altos, la señora más gigante y vieja, empezó a hablar:

—Gusanito, ¿has contado ya a Mariana lo que está pasando en tu casa?

—¿Qué está pasando? —preguntó Mariana curiosa.

—Pues que todo está siendo destruido. Han llegado unas máquinas excavadoras y han removido toda la tierra. Quieren construir una carretera y están cortando las plantas, contaminando el suelo y dejándonos sin agua. Yo he tenido que huir, igual que toda mi familia —explicó el gusanito.



—¿Otra carretera? Pero si ya hay muchas, otra más no hace falta —dijo sorprendida la niña.

—A lo mejor podrías ayudar a Gusanito, Mariana— habló la señora árbol con una sonrisa.

—¡Es verdad! ¡Tengo una idea! Gusanito, ¿te quieres venir a vivir a mi casa?

—¡Sería estupendo! —respondió el animalillo.

—Construiremos una cajita con hojas, hierba, tierra y piedrecitas para que puedas dormir a gusto todas las noches —propuso Mariana.

[Aquí, antes de contar qué va a haber en la caja, se puede preguntar a las niñas y niños cómo se podría construir esta caja al gusanito]

Dicho y hecho. En casa de Mariana, el gusanito tenía una pequeña caja para pasar las noches. Cada mañana, la niña asomaba la cabeza en la caja y decía:

—Buenos días, gusanitooooooooo.

Y este salía, trepaba por los dedos de su amiga y se iban junto al bosque a tumbarse y jugar. Así pasaban los días y las semanas, tan ricamente, Mariana y el gusanito.

Un día ocurrió algo inesperado. Como cada mañana, Mariana llamó a su amigo:

—Buenos días, gusanitooooooooo.

Pero no obtuvo respuesta. Mariana repitió:

[Animar a niñas y niños a llamar al gusanito: ¿Cómo llama Mariana a gusanito?], ayudadme, vamos a llamar al gusanito]

—Buenos días, gusanitooooooooo.

Nada, sin respuesta.

Ese día Mariana se quedó un poco extrañada pero no le dio importancia. Pensó que el gusanito andaría por ahí trasteando.

Al día siguiente, ocurrió lo mismo:

—Buenos días, gusanitooooooooooooo.

Sin respuesta.

—Gusanitoooooooo, ¿dónde estás?

Nada, silencio.

Mariana empezaba a estar un poco preocupada, pero no perdía la esperanza. Al cabo de una semana, volvió a preguntar:



—Gusanitoooooooo, ¿dónde estás?

[Animar a niñas y niños a llamar al gusanito]

De nuevo, como respuesta obtuvo silencio. Se quedó mirando el interior de la caja, pensativa. De pronto vio algo nuevo. En una esquina había una pequeña bola amarilla, como de lana fosforita. Era un capullo de color brillante. Mariana volvió a preguntar:

[Aquí, dependiendo de cómo vaya el cuento y cómo sea el grupo, se puede preguntar si saben qué era esa bolita amarilla]

—Gusanitoooooooo, ¿dónde estás?

—Aquí dentro, amiguita, en mi capullo me encontrarás —se escuchó desde el interior de la bolita amarilla.

Una enorme sonrisa iluminó el rostro de Mariana. Ahí estaba su amigo, no se había marchado.

—Pero, ¿qué haces ahí? —quiso averiguar Mariana.

—Paciencia, amiguita, paciencia. Pronto saldré.

Los días siguientes Mariana fue cada mañana a la caja, pero su pregunta había cambiado. Ahora decía:

—Gusanitoooooooooooo, ¿sigues ahí?

—Aquí sigo, amiguita, paciencia, aquí sigo.

De pronto, un buen día, cuando Mariana miraba al interior de la caja y no veía ni rastro del gusanito, del capullo salió una mariposa de alas grandes y coloridas. Tenía puntitos azul turquesa con reflejos dorados en los extremos de las alas.

—¿Eres tú, gusanitoooo?

—Ya te dije que tuvieras paciencia, ¡tenía mucho trabajo que hacer!

—Gusanitoooo. Ay, ¿cómo te llamo ahora? Ya no te puedo llamar gusanito, ¡eres una mariposa! Pero tu cara sigue siendo de gusanito —dijo Mariana nerviosa y emocionada.

—Llámame como quieras, amiguita.

—No sé, no sé. ¿Gusanito o mariposa? Ya sé, ¡te llamaré Gusaposa! Eso, ¡Gusaposa!— .

Mariana y Gusaposa se abrazaron como se pueden abrazar una niña y un bicho con alas. Salieron al bosque para disfrutar de la hierba y de los árboles. Perdón, de las señoras gigantes, que en ese momento resplandecían rebosantes de hojas verdes.

Mariana miró a Gusaposa y se dio cuenta de que tenía cara triste.



—¿Qué te pasa?

—Echo de menos mi hogar. Aunque me encanta estar contigo, me gustaría volver a mi prado y enseñar mis nuevas alas a mi familia.

Las señoras árboles agitaron sus ramas y dijeron:

[Se puede interpretar con su cuerpo el movimiento de las señoras árboles]

—Todos los gusanitos que se fueron a casa de otras niñas y niños también se han convertido en mariposas y han decidido regresar a su hogar. Van a intentar entrar dentro de la alambrada para salvar el prado de las excavadoras. Tal vez os gustaría uniros a ellas.

Gusaposa y Mariana no se lo pensaron dos veces. Una voló y otra corrió como pudo hasta el prado que estaba rodeado por una alambrada. Al llegar ahí, las niñas y los niños tuvieron que quedarse delante de la valla, pero las mariposas pudieron volar entre el alambre.

—¡Vuela, Gusaposa, vuela, que te están esperando todas! —animó Mariana.

Gusaposa se juntó con sus amigas las mariposas. Eran tantas que se organizaron para construir un gran muro con sus alas de tal manera que las excavadoras no pudieran ver nada y no pudieran avanzar sus trabajos. Las niñas y niños llamaron a sus madres, padres, tías, tíos, abuelas, abuelos y tooooooda persona conocida y, entre mayores, peques, y más insectos y otros animales consiguieron cruzar la alambrada y hacer más grande el muro de las mariposas. Hay quien ponía trozos de tela, otras trozos de madera, bolas de polen o antenas de todos los colores. Incluso las señoras árboles se ayudaron del viento para enviar las hojas de su cabeza y hacer más grande el muro de mariposas.

Era TAN GRANDE el muro que las máquinas no veían nada y tuvieron que parar.

Al día siguiente, niñas, niños, personas mayores, insectos y otros animales volvieron al prado e hicieron lo mismo. Y ese día las máquinas TAMPOCO pudieron trabajar. Y así, un día tras otro hasta que, por fin, una mañana, cuando llegaron, vieron que ya no estaban las excavadoras. ¡Viva! ¡Se habían ido para siempre! A partir de entonces la basura desapareció, las plantas volvieron a crecer y el agua volvió a brotar. Todos los seres vivos de ese prado se encargaron de cuidar ese hermoso lugar.

[Aquí se puede preguntar cómo se cuidan a las plantas, animales y naturaleza]

Para celebrar esta alegría, Mariana y Gusaposa se fueron a pasear por el bosque de las señoras árboles, ese lugar tan maravilloso donde se conocieron. Al anochecer, sabían que tenían que despedirse.

—Adiós, Gusaposa —dijo Mariana— ¿Me visitarás?

—Todos los días, toditos —respondió el animal.

Y acercándose a su amiguita, le dio un beso con las alas en los mofletes y salió volando.





Omaima y las dinosaurias

Érase una vez una niña llamada Omaima.

A Omaima le flipaban las dinosaurias.

Omaima tenía un pijama de dinosaurias, una cartera de dinosaurias y hablaba todo el rato en lengua dinosauria. Cuando su mamá le preguntaba qué quería para desayunar, Omaima respondía:

— Gruuuuu. ¡Quiero un gigantosaurio!

Y su madre se partía de risa.

Un día pasó algo extraordinario en el colegio de Omaima: le encargaron que hiciera una presentación sobre dinosaurios.

¡Yupi! Omaima se puso a preparar la tarea con gran entusiasmo.

Pero el día antes del gran día, Omaima se equivocó con una palabra en clase. En vez de decir “camión”, dijo “camiono”, y le dio mucha vergüenza.

Y es que Omaima, como todas las niñas y niños, a veces se confundía con las palabras. Cuando era pequeña, en lugar de “hipopótamo” decía “popótamo”. Su hermanito pequeño no decía “zapatos” sino “papatós”. Su prima, para decir “fantasma” decía “fastassssma”. Y su mejor amiguita, en lugar de decir “me he confundido” decía “me he funfundido”.

[Aquí la narración puede parar, para hacer unas preguntas: ¿a vosotras y vosotras os cuesta decir alguna palabra? ¿Y, cuando erais más peques, qué palabras?]

A Omaima le pasaba a menudo eso de confundirse con algunas palabras y le daba mucha rabia, le hacía sentirse mal. Esa noche, estaba muy preocupada porque la presentación le saliera mal, estaba a punto de decidir no hacerla y se lo contó a su familia. En su casa le animaron y le ayudaron a practicar las palabras más difíciles. Y pensando en la presentación se quedó dormida.

[Aquí se puede parar la narración y hacer una reflexión: ¿os pasa esto alguna vez?]

Un rato después, cuando Omaima estaba entre medio dormida y medio despierta, unos ruidos terminaron por despertarla. Abrió un ojo y vio que algo se movía por la habitación. ¿Sería su gata Micifuz? Cuando Omaima encendió la luz no podía creer lo que estaba viendo: sus peluches, sus queridas dinosaurias, ¡se estaban moviendo por la habitación!



Camila, la Tiranosauria Rex de color verde con puntos rosas, se acercó a su cama y exclamó:

— ¡TÚ PUEDES, OMAIMA! ¡TIENES QUE HACER LA PRESENTACIÓN! GRRRR

Olivia, la velociraptora morada, le dijo al oído:

— ¡NO IMPORTA EQUIVOCARSE! ¡TODO EL MUNDO SE EQUIVOCA DE VEZ EN CUANDO!

Inés, la pteranodona naranja, añadió:

— ¡ERES ÚNICA Y GENIAL! ¡LO VAS A CONSEGUIR!

Después de abrazar a Omaima con sus garras de peluche, las dinosaurias la convencieron para ir a la cocina. Ahí se bebieron un buen vaso de leche y jugaron al escondite, uno de los juegos favoritos de Omaima. A las tres de la madrugada, exhaustas y contentas, decidieron irse a dormir.

Pero antes de apagar la luz, las dinosaurias contaron a Omaima una historia.

“Hace mucho, mucho tiempo, en la prehistoria, el mundo de dinosaurias y dinosaurios era muy diferente. Había muchas especies: terrestres, acuáticas y voladoras, había dinosaurios carnívoros, herbívoros y omnívoros. Los había pequeños, medianos, grandes y también GIGANTESCOS. A pesar de las diferencias, todas las dinosaurias y los dinosaurios (tiranosaurios, diplodocus, velociraptors, braquiosaurios y muuuuchos más) convivían y se respetaban, no solo dentro de la misma especie sino, ¡sorpresa!, también colaboraban unas especies con otras.

Cuando dos velociraptors discutían sobre quién había ganado una carrera, llegaba la Tiranosauria Rex y con un suave rugido, casi imperceptible, recordaba que es más importante divertirse que ganar”, explicó la tiranosauria Camila.

“O cuando varias triceratops andaban perdidas, no sabían por dónde ir y no se ponían de acuerdo, llegaba una brontosauria, estiraba su larguísimo cuello y ayudaba a encontrar el camino”, dijo la velociraptora Olivia.

“También ocurría muchas veces que los sturakosaurus se metían con la dinosauria pequeña de la manada por ser una chica, y le decían que ella no podía jugar al fútbol o disfrazarse de súper héroe. Pero entonces llegaba el más viejo de todos los diplodocus y les decía ‘Ey, chavales, eso que decís no tiene sentido, ¿por qué no va a poder hacer lo mismo que vosotros? Cada quién puede jugar a lo que le guste. Mirad qué bien se lo pasa vuestra hermanita jugando y disfrazándose con vosotros’. Y, de esta manera, cada dinosaurio y dinosauria se sentía libre de jugar a cualquier cosa”, añadió la pteranodona Inés.

Con estas historias, Omaima se quedó de nuevo dormida y tuvo dulces y prehistóricos sueños.



Al día siguiente, Omaira se despertó mucho más animada. Entró al cole con una sonrisa, se puso delante de toda su clase a hacer la presentación y... ¡se quedó muda! Imposible: tenía la mente en blanco y no le salían las palabras. Pasaron 20 segundos eternos... Horror. Seguía muda... Pasaron otros 10 segundos más...

En ese momento levantó la vista y al fondo, en la pared, divisó un póster de la prehistoria que su profe había colgado hacía unas semanas. En el póster había tres dinosaurias y Omaira se imaginó a la tiranosauria Camila, la velociraptora Olivia y la pteranodona Inés hablando con ella. Recordó todas las historias que le habían contado de hace doscientos millones de años y también le vinieron a la cabeza todas sus palabras de ánimo y cariño.

[Aquí se puede parar la narración y preguntar: ¿cómo creéis que se siente ahora Omaira? ¿Podrá hacer la presentación?]

A Omaira se le iluminó la cara de felicidad pensando en sus amigas las dinosaurias. Con el corazón calentito, sintiendo el apoyo de sus dinosaurias, Omaira se armó de valor, aclaró su garganta y comenzó a hablar: “Hace millones de años, la Tierra estaba habitada por unos seres maravillosos...”

Sus compis la escucharon con mucha atención y, cuando terminó, aplaudieron sin parar. La clase se convirtió en una fiesta, con baile y todo. Y por la noche, ya con sus dinosaurias de peluche, la celebración continuó. La tiranosauria Camila sacó una guitarra y se puso a tocar, Inés la pteranodona lanzó confeti al aire, Olivia la velociraptora sacó a Omaira a bailar y todas juntas celebraron y cantaron al ruido de “¡¡Gruuuuuuuuu!!”.

[Para terminar: Y vosotras y vosotros, ¿sabéis hablar dinosaurio?]

* * *



Edita:

InteRed

En el marco de:



Con la financiación de:



InteRed apuesta por una educación transformadora, que genere la participación activa y comprometida de todas las personas a favor de la justicia, la equidad de género y la sostenibilidad social y ambiental.

Esta publicación ha sido realizada con el apoyo financiero de la Agencia Española de Cooperación Internacional para el Desarrollo (AECID), con cargo al convenio «Por una educación transformadora y para la ciudadanía global comprometida con el cumplimiento de los ODS» (18-CO1-001208).